
**DE AMOR Y DE SOMBRA: UNA APROXIMACION A
SU LECTURA***

Eliana Moya-Raggio
Residential College
University of Michigan

La escritura relacionada con el quiebre del sistema democrático y la instauración del miedo en el país, ha dominado la producción cultural chilena de los últimos quince años. Las transformaciones operadas han afectado el plano económico, civil, político y cultural, y apuntan a un proceso que ha pretendido la estabilización de un orden autoritario; constituyen, en las palabras del poeta Raúl Zurita,

no sólo un colapso de los modos habituales de confrontación y entendimiento que representó una tradición democrática sino que también un colapso de los nexos que unían una representación con su base real, una imagen con los cursos de la acción, en suma: un rompimiento al interior de los significados del lenguaje¹.

*Una corta versión de este trabajo fue leída en un panel de Literatura Testimonial de Mujeres en América Latina, en la conferencia del Noreste de la Asociación de Lenguas Modernas en Delaware, 1989.

¹ En la presentación a *La cultura autoritaria en Chile* de José Joaquín Brunner, FLACSO: Santiago, 1981.

Esta impuesta ruptura con el pasado ha dominado el pensamiento y la imaginación de hombres y mujeres que han tratado de dar cuenta de sus propias experiencias en dramáticas narraciones testimoniales, como el caso de Hernán Valdés, en su libro *Tejas Verdes* (1974) o que han poetizado la experiencia de muchos, recreándola en cuentos, novelas o poemas. Los nombres de Antonio Skármeta, Constanza Lira, Bárbara Délano e Isabel Allende, son algunos de muchos ejemplos. Cuando se conozca y se recoja todo lo que se ha escrito dentro y fuera de Chile, en español y en otras lenguas, habrá que reservar un lugar especial para un grupo de valerosas mujeres periodistas que se atrevieron, dentro del país, a documentar y consignar con especial cuidado el miedo, la desaparición y la muerte. Me refiero a Patricia Politzer (*Miedo en Chile*), a Patricia Verdugo (*Detenidos desaparecidos: Una herida abierta*), a Pamela Giles, María Olivia Monckeberg y María Eugenia Camus (*Crimen bajo Estado de Sitio*), entre otras.

La ruptura que se establece en el país impone, como primera división, el exilio, o sea, la separación de la sociedad chilena en una amplia diáspora geográfica externa y en una esquizofrénica realidad interna. Las repercusiones de este proceso no han sido evaluadas en su completo significado y total impacto, pero nos acostumbramos a hablar de una literatura, de un arte, de una cultura del exilio y de otras del interior. Es en ese exilio cultural donde es esencial ubicar *De amor y de sombra*, 1984², la segunda novela de Isabel Allende. Al hacerlo, entendemos que su texto no sólo se inscribe de una manera amplia en la categoría de testimonial, sino que también se inserta dentro de un amplio marco cultural de resistencia a la dictadura. La correspondencia histórica de gran parte del relato, la inmediatez de los hechos sucedidos con su re-creación novelesca, el uso que la autora hace de material secundario, que se inserta como elemento natural del relato, todo eso le confiere a *De amor y de sombra* su carácter testimonial. Es más, propio del texto testimonial es el deseo de con- mover que Isabel Allende expresa claramente cuando dice:

Es lo que me importa. Llegar a ese lector, que cuando termine de leer el último párrafo, se sienta tocado, conmovido por lo que le he contado³.

² Isabel Allende, *De amor y de sombra*, Plaza y Janés, Barcelona: 1984, todas las citas del texto se hacen sobre esta edición.

³ Palabras de la escritora en declaraciones a *Diario Español*, Tarragona, 21 de noviembre de 1984.

Digo, además, que es un texto de resistencia por su inserción en un espacio claramente contestatario, desde donde la autora puede cumplir ampliamente con la función de escribir, en la manera que ella la concibe. Escribir, dice ella, *es nombrar las cosas, hacerlas presente, llamarlas por su nombre*, tarea difícil, si no imposible, dentro de su país, donde la censura oficial y la autoimpuesta, obligan a la ambigüedad, al encubrimiento y, muchas veces, al silencio⁴.

Me inclino por aproximarme a *De amor y de sombra* en una lectura de análisis cultural, ya que el texto contribuye a iluminar, tanto para los lectores extranjeros como para los chilenos, la experiencia de Chile durante la dictadura. Me inclino también por leerlo desde una perspectiva feminista, lo expreso en unidad y relación porque creo que toda lectura feminista es también una lectura de crítica cultural, ya que revisa los códigos sociales en que la obra se inserta. El análisis contextual del relato de la escritora chilena no sólo ilumina un referente histórico específico, sino que también ilumina modos de existencia femeninos que acompañan y preceden al referente histórico inmediato. En realidad, Isabel Allende nos da en su novela *thick description*, para usar el término de Clifford Geertz, en múltiples estructuras de significado. En su texto van apareciendo las divisiones y prejuicios que operan dentro de la sociedad chilena, las posiciones que cada uno ocupa y la percepción que se tiene del otro, sea éste el homosexual, el pobre de la ciudad, el campesino, o simplemente, la mujer.

Al respecto son pertinentes las palabras del sociólogo chileno José Joaquín Brunner, quien nos recuerda que

es en la cultura y su organización donde se expresa la dirección sobre la sociedad y donde se asegura la mantención de un orden social: allí, en efecto, los individuos, los grupos y las clases adquieren conciencia de su posición, de sus conflictos, de las jerarquías que los rigen, de las ideas que piensan, de los valores que sostienen, de los comportamientos esperados, de sus propias expectativas, de las concepciones que se forman del mundo y la sociedad, de sus aliados y enemigos, de sus convicciones y esperanzas⁵.

Por otra parte, no es extraño que la mujer que escribe en América Latina

⁴ En diferentes declaraciones la autora ha expresado ideas semejantes sobre la labor de escribir, por ejemplo ver sus declaraciones en la Feria del Libro Latinoamericano en Washington, 1986 en un breve artículo "Escribir en América Latina".

⁵ José Joaquín Brunner, obra citada, página 17.

dé testimonio de la existencia femenina, la literatura escrita por mujeres en nuestros países ha contribuido a iluminar el conocimiento de cómo ha vivido la mujer, cómo se la ha limitado, postergado o censurado y de cómo ella ha tratado de subvertir el orden establecido. Los nombres siempre presentes en la memoria son los precursores de Teresa de la Parra y Antonia Palacios, de quienes aprendimos el horror de la dependencia económica, de la rigidez patriarcal o de la hipocresía de una decencia basada en jerárquicas separaciones; los de Mercedes Valdivieso y Marta Lynch, que nos dejaron ejemplos acuciantes de rupturas matrimoniales y de apropiación de la sexualidad, o los de Marta Traba y Elvira Orphée, quienes nos recuerdan, más recientemente, cómo la violencia institucionalizada llega también a la mujer.

Además es necesario que no desoigamos el constante llamado de Elena Poniatowska, quien nos recuerda que la literatura que las mujeres escriben forma parte de la voz de los oprimidos y que en nuestros países ellas escriben para dejar constancia de su existencia, para no desaparecer, para darles voz a los que no la tienen⁶. *De amor y de sombra*, la novela de Isabel Allende, honra la historia del pasado y el llamado del presente.

Considerando, pues, la crisis de su propio país, la posición de la escritora dentro de ella y sus ideas sobre la escritura en Latinoamérica, además de su clara conciencia feminista, no debe sorprendernos que la escritora haya decidido colocar su segundo libro tan claramente en el espacio de los hechos históricos, dando cuenta, al mismo tiempo, de la existencia de un grupo de mujeres que sirven de apoyo y marco referencial a Irene, la protagonista, ya que contribuyen a hacer resaltar su dinamismo y su capacidad generadora de cambio.

La historia que Isabel Allende nos cuenta, nos lo dice ella misma en la nota introductoria, le fue confiada para que ella, apropiándose, la consignara por escrito. El texto aparece así, generado por la ineludible necesidad de contar/testimoniar, de salvar del olvido la historia de un hombre y una mujer que “se amaron en plenitud” (página introductoria) en medio de las sombras circundantes. Aunque la historia de amor sirve de eje estructurador a la narración, ella queda disminuida frente a la magnitud de los acontecimientos narrados. Es verdad que el amor aparece como oposición a la cultura de la muerte que se ha impuesto alrededor de los personajes, pero, sobre todo, el amor sirve

⁶ Elena Poniatowska, “La literatura de las mujeres es parte de la literatura de los oprimidos” en *FEM* vol. VI, N. 21: 1982. La idea es repetida en muchos otros artículos de la escritora mexicana.

para enfatizar la fuerza y la plenitud de dos personas unidas en los sentimientos de pasión y de amor y en los ideales de justicia.

En la trayectoria vital de Irene dentro del texto observamos el proceso de concientización de una joven de la clase alta chilena que, en la búsqueda de la verdad, se adentra en una labor permanente de clarificación, para lograr insertarse críticamente en la historia de su país.

La escritora provee desde el comienzo de su relato un amplio registro de un momento específico en la historia de Chile, momento circunscrito a los primeros seis u ocho años de la dictadura militar. Da referencias específicas de los cambios operados en el país: la crisis económica, la pobreza y el desempleo (caso de Jaime Leal, cuya desocupación lo lleva al suicidio); la crisis en la educación, con el despido de profesores y el cierre de programas universitarios (ilustrado ampliamente en Francisco Leal); la circulación de listas con nombres de personas indeseables (el profesor Leal, padre de Jaime y Francisco, hombre de ideas de izquierda); la función de la Iglesia a través de la Vicaría de la Solidaridad en defensa y protección de los derechos humanos (el caso de la mina de Los Riscos). Al mismo tiempo que nos enteramos de todo esto en el ambiente de una ciudad dividida entre ricos y pobres, entre militares y civiles, entre amigos y enemigos, donde las relaciones humanas están sembradas de dudas y recelos producto del quiebre reciente, la escritora también nos adentra en una sociedad donde la construcción social de la realidad está basada en un orden y modelo masculinos que han relegado a la mujer a un espacio de alienación.

Isabel Allende trata de dar una visión amplia de lo femenino y con ese fin crea mujeres que, funcionando en diferentes niveles de la sociedad, iluminan formas de existencia. Fiel intérprete de la realidad que ella conoce bien, se concentra en un microcosmos femenino anclado verazmente en la sociedad chilena, pero no por eso limitado a ella. Los niveles de experiencia femenina descritos en *De amor y de sombra* pueden extenderse a la experiencia más amplia de América Latina. Hay en sus personajes una exigencia de autenticidad que es loable, ninguna de sus mujeres aparece idealizada inútilmente, por el contrario, el amor y la preocupación maternas que algunas de ella exhiben hacen recordar lo que Sarah Ruddick ha dicho sobre el amor maternal:

attentive love, is what describes maternal practice. It is a love grounded in daily reality, that is relatively free of fantasy, and that is able to accept the existence of an entity different from oneself⁷.

⁷ Sarah Ruddick, “Maternal Thinking”, *Feminist Studies*, 6 (Summer 1980).

Allende trata también de promover alguna semblanza de unidad entre las mujeres que ella crea, al mismo tiempo que aumenta el nivel de conciencia del lector sobre sus situaciones. En el plano de lo femenino el texto es el medio que ella usa para presentar aspectos diferentes de la problemática de mujeres, acercándose así a lo estipulado por Alvina Quintana en "Women: Prisoners of the Word".

Literatura provides the medium to voice female concerns much as current ideology provides the medium for male discourse. Writing serves as a vehicle for the demystification through self-representation of that unit we call woman. It provides the stage for a multiplicity of voices, experiences, issues which speak to the subordination of women to ideology, and thus replaces the oversimplistic stereotypes so often used to categorize and define women⁸.

Parece evidente que el foro que ella provee a diferentes voces y experiencias forman parte de un proyecto de escritura, que participa ampliamente de características feministas y de liberación. Todo proceso de liberación involucra difíciles opciones, pero no puede emprenderse sin conocimiento profundo de la persona y de contacto con la realidad. De ahí que el testimonio de *De amor y de sombra* aparezca a dos niveles, el nivel de la existencia femenina que trasciende lo inmediato y lo local, y el nivel histórico que corresponde a un momento claramente definido en la historia del país.

Irene Beltrán y Francisco Leal constituyen la pareja central de *De amor y de sombra*. Es el trabajo de periodismo que ambos comparten que los lleva a cubrir el caso de Evangelina Ranquileo, una joven campesina que, presa de misteriosos ataques, ha captado la imaginación de la gente que la cree dotada de poderes sobrenaturales. Es en su acercamiento a los Ranquileo y a los Leal, que Irene entra en contacto con la oscura parte de la realidad chilena e inicia un proceso de cambio que la llevará desde su despreocupación aparente en *Otra primavera*, la primera parte del libro, a *Las sombras* del descubrimiento y, finalmente, al exilio del compromiso en *Dulce Patria*. Antes de concentrarme en Irene Beltrán vuelvo los ojos a las otras mujeres de la novela.

Digna Ranquileo, la madre de Evangelina, es una campesina de Los Riscos, localidad aparentemente no lejos de Santiago. Su vida está hecha de "ruti-

nas encadenadas sin variantes" (18); hija y nieta de campesinos, es ella la que prepara la tierra, siembra y cosecha. A cargo de la sobrevivencia de la familia "es la primera en levantarse y la última en ir a la cama" (18). Las importantes decisiones están en sus manos, protege y reproduce la vida del grupo familiar, pero sabe retirarse cuando el marido vuelve cada invierno, entonces "ella inclina(ba) la cabeza, baja(ba) la voz y lo consulta(ba) antes de actuar, por respeto" (19).

Es interesante anotar que Digna, "prudente y desconfiada" (19) nunca miró con buenos ojos los cambios de la reforma agraria. Hipólito, su marido, no participó en los sindicatos, ya que trabajaba como artista de circo y pasaba la mayor parte del año afuera. Ahora que las cosas han vuelto a ser como "en tiempos de los abuelos" (19), ella se compadece de los que pusieron sus esperanzas y sus esfuerzos en la posibilidad de un cambio.

Cuando la reforma agraria se inició en Chile se pensó que serían los hogares campesinos los que se beneficiarían. Sin embargo es hecho comprobable que la mujer fue excluida en la mayoría de los casos de participar en cooperativas o en asentamientos, no reconocida como jefe de hogar no podía ser la beneficiaria directa de los cambios. En el caso de Digna Ranquileo, el mero hecho de ser casada, a pesar de la total ausencia del marido en las labores agrícolas, la habría discriminado de cualquier participación en la reforma. Aun cuando posteriormente se abrió la posibilidad a la participación de mujeres, por lo menos en teoría, a través de los Centros de Reforma Agraria, la ruptura del proceso democrático interrumpe la posibilidad de tal incorporación.

Si Digna no creyó nunca en los asesores, no fue solamente por la inherente discriminación de las mujeres con que la reforma se implementó, sino que también por la fuerza de la tradición y del orden reinante que le han asignado un lugar específico. Opera en ella además un ferviente deseo de conservar en vez de cambiar, su función esencial de cuidadora así se lo exige. Ella debe aceptar, sin mayores reclamos, lo que le ha tocado, ya sean los golpes del marido borracho, la pobreza o el duro trabajo de la tierra. Ahora, que las cosas han cambiado, ella sólo quiere que su familia siga cultivando la tierra que recibió en herencia, aun cuando frente al avance empresarial agrícola le resulta cada vez más difícil defenderla.

En cierta forma, la mujer campesina que la escritora crea tiene algún control sobre su tiempo y su trabajo; es la ausencia del marido la que crea estas posibilidades para Digna. Por otra parte, su función maternal, que tiene como objetivo fundamental la protección de sus hijos, se expresa claramente en su actitud de retención/conservación, no importa cuán precario o frágil sea lo que intenta retener.

Junto a Digna, Hilda Leal, la mujer del profesor, madre de tres hijos, apa-

⁸ Alvina E. Quintana, "Women: Prisoners of the Word" en *Chicana Voices: Intersection of Class, Race and Gender*. CMAS Publication: Audtin 1986 pp. 208-219.

rece también confinada al mundo de lo doméstico. La escritora la describe como el “hada del hogar”:

única mujer en una familia de varones, consiguió imponer su dulzura y discreción. En su presencia no había riñas de muchachos, chistes picantes o groserías(28).

Es tal su condición etérea que Francisco, su hijo, temía cuando era niño que su madre se esfumara como la niebla. Sin embargo tras la fragilidad aparente de Hilda, se esconde una vida de dolor, de amor y de compromiso compartidos con su marido. Jóvenes y enamorados se casan al estallar la Guerra Civil española, ella “lo sigue con entusiasmo a la guerra y al exilio”(32), una vez instalados en Chile lo acompaña a las reuniones sindicales y marcha a su lado, con paso firme, en las manifestaciones callejeras. Hilda lo acompaña, pero no participa; observadora devota ella mueve sus palillos de tejido, “perdida en un mundo secreto... ajena por completo al bullicio de las discusiones políticas”(31), en tanto él habla.

Las palabras y las acciones de Hilda contra la dictadura chilena están concentradas en su fe en Dios, no en la acción política; ella cree que el poder y la energía generados por la oración colectiva a lo largo y ancho del país, serán arma suficiente para derrocar las fuerzas del mal. Podemos pensar entonces que su presencia al lado del marido en reuniones y demostraciones previas a la crisis fueron un acto de amor y de solidaridad con él y con su posición, pero no una acción individual generada por una reflexión política independiente.

Ambas mujeres, Digna e Hilda, han asimilado su condición de opresión y ésta se expresa en el silencio público de ambas, en su consignación a la esfera de lo privado, en cómo asumen ambas el rol fundamental de sus existencias, el de madre. Aunque de diferentes posiciones sociales, las dos comparten una estructura de experiencia común a su condición de mujer: la subordinación al patriarcado que restringe sus áreas de acción. La devoción, la abnegación y el espíritu de sacrificio, características todas que se manifiestan en Digna e Hilda, denotan la necesidad de adaptación de ambas mujeres a la estructura patriarcal en que existen. Ambas son cuidadoras por excelencia de los hijos, de la tierra, del marido, ambas son mujeres que preservan y mantienen, no son mujeres que participan en cambios, no porque no los deseen, sino porque la internalización de su otredad las previene de hacerlo. Así, aunque Digna esté directamente conectada al trabajo agrícola, o Hilda vaya a demostraciones y reuniones políticas, ambas continúan existiendo en subordinación.

Si bien la escritora nos presenta a dos mujeres en las cuales reconocemos los problemas de opresión y alienación existentes, las crea con el objeto de

“nombrar las cosas por su nombre”, intención que ella identifica con su escritura; no es, por lo tanto, que ella esté reproduciendo en su literatura mujeres sumisas o alienadas porque concibe a la mujer como víctima, sino más bien porque su intención es despertar la conciencia del lector y conmoverlo.

Aún más, con Rosa, la trabajadora doméstica que comparte con Irene y su madre la casa del barrio alto donde ellas habitan, Isabel Allende nos lleva un paso más adentro en la estructura de marginalización y opresión en que muchas mujeres existen.

En Chile aproximadamente el 20% de la fuerza de trabajo femenina está constituida por trabajadoras domésticas, es la ocupación que concentra el mayor número de mujeres. En Rosa, la escritora apenas se aproxima a una, pero al hacerlo ilumina la experiencia común de un gran grupo de mujeres que comparten la vida del hogar donde trabajan, sin pertenecer totalmente a él. Viven y trabajan en aislamiento por un lado, y en estrecha convivencia con los patrones al mismo tiempo. La ambigüedad de su situación se complica por la sumisión y dependencia que caracteriza su relación con respecto a la otra mujer que sirven: llevan la casa y atienden a los hijos, pero no son la madre ni la ama de casa. Todavía más, la maternidad es para ellas, personalmente, una situación altamente conflictiva; si tuvieran un hijo propio podrían perder su trabajo, o el padre podría no aceptar la responsabilidad de la paternidad.

De esta manera el secreto que Rosa comparte con Irene y su ruego de que jamás lo repita, cobran sentido en el contexto de muchas mujeres que, como ella, ocultan sus embarazos con trágicas consecuencias. La historia del bebé que muere al caer de cabeza por el tragaluz, no es sólo la negación de la verdad sino que también es una desmitificación de la maternidad anhelada y esperada.

En contraste con estas mujeres, pero en estricta relación con ellas, en Irene Beltrán, el personaje central de *De amor y de sombra*, Isabel Allende crea a una mujer cuyo proceso de cambio, cuya conversión —si así pudiéramos llamarla— ilumina el texto como una fuerza anunciadora. De la clase alta y acomodada, Irene ha empezado a romper con ciertas convenciones al alegir el periodismo como profesión, “asunto sospechoso, propio de gente de medio pelo”(15) en el decir de su madre. Ha dejado de frecuentar el club, diversión acostumbrada en su medio, ha abandonado la música y la pintura y ha empezado a tener amistades con gente que no es de su misma clase. Con respecto a la realidad inmediata en que funciona, Irene conserva, sin embargo, una relativa ignorancia. Ni siquiera su vida profesional ha logrado eliminar la alienación de la realidad que su clase le impone. Isabel Allende, al describir el fenómeno de Irene, lo hace con gran claridad y conocimiento, dice que

vivió hasta entonces preservada en una ignorancia angélica, no por desidia o estupidéz, sino porque ésa era la norma de su medio. Como su madre y tantos otros de su clase social, se refugiaba en el mundo ordenado y apacible del barrio alto, los balnearios exclusivos, las canchas de esquí, los veranos en el campo. La educaron para negar las evidencias desfavorables, descartándolas como signos equivocados. Le tocó ver alguna vez detenerse un automóvil y a varios hombres avalanzarse sobre un peatón introduciéndolo a viva fuerza en el vehículo; de lejos olió el humo de las hogueras quemando libros prohibidos; adivinó las formas de un cuerpo humano flotando en las turbias aguas del canal. Se inclinó para socorrer en la calle a alguien desmayado de hambre. El ventarrón del odio la rondaba, pero no llegaba a envolverla, preservada por el alto muro tras el cual la criaron, sin embargo su sensibilidad estaba alerta (p. 117).

Por eso, cuando junto a Francisco Leal empieza a cubrir el caso de Evangelina Ranquileo, Irene, alerta ya, empieza el camino de su transformación. Es la joven campesina desaparecida, víctima inocente de los siniestros designios militares, la que abre el camino de la conversión de Irene.

Para Francisco Leal, la inicial inocencia política de Irene, aunque refrescante en su agobio de opositor clandestino, es también motivo de frustración. El hombre

consideraba extraordinario que Irene navegara inocente sobre ese mar de zozobras que anegaba al país, ocupada sólo de lo pintoresco y lo anecdótico. Se sorprendía al verla flotando incontaminada en el aire de sus buenas intenciones... (p. 80).

El día en que Evangelina Ranquileo, presa de un ataque de furia, arremete contra el oficial de ejército, todos los allí presentes saben que el hecho tendrá serias consecuencias, sólo Irene parece no darse cuenta. Ese día, Francisco

tuvo la tentación de tomarla por los hombros y sacudirla hasta ponerle los pies en la tierra y abrirle los ojos a la verdad (p. 80).

El conocimiento del mundo que Irene tiene es ingenuo, espontáneo y alienado. Para llegar a superar ese conocimiento, el camino a seguir es el de la búsqueda crítica. Iniciar ese camino es, para Irene, iniciar el proceso de su concientización que es un acto de búsqueda de conocimiento. Ella elige un camino, su elección está sólidamente respaldada por su contacto con otras personas, testigos y actores ellos mismos, del proceso de represión que con tanto énfasis su medio pretende negar.

El descubrimiento de la mina de Los Riscos con esos muertos surgidos de la tierra con las manos descarnadas y la frente perforada por una bala (p. 208).

marca la culminación de la búsqueda para Irene, del mismo modo que el hallazgo de Lonquén, a fines de 1978, marcó el final de la búsqueda para un numeroso grupo de mujeres chilenas. En Lonquén se encontraron los primeros restos de desaparecidos, hecho que vino a validar lo que por años los deudos habían afirmado. La escritora sigue, con extraordinaria fidelidad, los hechos que llevaron al hallazgo, que fue posible debido a la confesión recibida por un sacerdote y autorizada para ser transmitida. Tiene conocimiento de la comisión que se formó a iniciativa del Cardenal Silva Henríquez e incluye el texto de la comunicación de la Iglesia con la Corte Suprema.

En la re-creación de Isabel Allende, Irene, con tenacidad, persigue toda la verdad sobre la muerte de Evangelina y la suerte de su hermano, Pradelio. Todo lo que descubre la lleva, inexorablemente, a que no pueda albergar duda alguna de quiénes son los culpables. Perdida la inocencia política, Irene cruza la frontera invisible que separa la ignorancia del conocimiento, la alienación de la concientización, la dominación de la liberación; al hacerlo trasgrede los límites previamente establecidos por su condición de clase y por la ideología hegemónica dominante. Por eso, paradójicamente, a medida que su conocimiento se supera, a medida que nombra las cosas y las hace presentes, se acerca más al peligro o a la muerte, real o figurada, pero sólo para salvarse, porque la concientización exige, como dice Pablo Freire, morir para nacer de nuevo⁹.

Irene es víctima de un atentado contra su vida, por días se debate entre la vida y la muerte. Sólo cuando logra abandonar el hospital, las cintas magnetofónicas que ha conseguido grabar, con toda la verdad de lo ocurrido, llegarán a manos del Cardenal y ella deberá abandonar el país para salvar su vida. Irene y Francisco huyen por un paso cordillerano, ella deja atrás el espacio conocido y amado para enfrentarse al nuevo espacio que su valentía le asigna, el exilio.

Aquellos que realmente aman, aquellos que tienen realmente la posibilidad de denunciar y anunciar, aquellos que tienen la valentía de correr el riesgo, aquellos pueden concientizarse¹⁰.

⁹ Ver Pablo Freire, *Educación y concientización*, Ediciones Sigüeme, Salamanca: 1980, pp. 60-72 y 222-248.

¹⁰ Idem.

El mundo recién nacido al que los ojos de Irene se asoman, terminado el cruce para salir del país, es no sólo el amanecer de la libertad del miedo que deja atrás, sino que también es la libertad interna que ella ha logrado. La nueva vida sólo es posible afuera de Chile, sólo desde ese espacio es posible *nombrar las cosas y llamarlas por su nombre*.

Concuerdo plenamente con lo escrito por el profesor Marcelo Coddou, de que

el apego al contexto histórico tiene por función ser voz de alarma, llamado de atención hacia la peligrosidad de la existencia humana. En una escritora como la chilena esto se traduce en decidido propósito testimonial, en auténtico compromiso con proyectos socio-políticos a los que quiere plegarse en su obra¹¹.

El texto testimonial y feminista de Isabel Allende se inscribe en una amplia tradición latinoamericana; ella ha entendido con lucidez que

el trabajo de nuestras escritoras es contar la historia de este extraordinario y sufrido continente, contarla a todos sus habitantes y también a aquellos que viven afuera de sus fronteras. Es también poner en nuestros libros las voces de todos, los secretos más profundos, las heridas antiguas y las nuevas¹².

¹¹ Marcelo Coddou, *Para leer a Isabel Allende*, LAR, Concepción: Chile, 1988, p. 141.

¹² Isabel Allende, "Writing in Latin America", Latin American Book Fair Washington 1986. "The world of our writers is to tell the story of this wonderful, suffering continent, to tell it to every one of its inhabitants, and to those who live outside our frontiers. It is also to put in our books the voices of everyone, the deepest secrets, the oldest wounds and the most recent ones".